

De repente se paró el primer coche y tras él todos los que seguían sucesivamente, transmitiéndose la alarma de uno á otro.

La mayor parte de los hombres saltaron de los carruajes, Castaños y Santibañez pistola en mano, y los demás buscando por todas partes con ávidas miradas á los ladrones.

—¿Qué hay?

—Ahí están.

—¿Qué ocurre?

—Los ladrones.

—¡Fuego sobre ellos!

—¿Cuántos son?

—¡Jesús, María y José!

Todas estas voces se mezclaron en confusa algarabía y la alarma tomó colosales proporciones entre todos los concurrentes.



CAPÍTULO V.

EL CHUBASCO.

LOS coches debían desfilan por un estrecho sendero, en el que un mal paso había detenido el primer carruaje.

La alarma se convirtió bien pronto en algazara cuando se hubo averiguado la causa de la detención; pero el mal era en realidad mayor de lo que parecía, pues se había inutilizado una rueda y aquel coche no podía seguir caminando.

Reunidos los criados no tardaron en sa-

car el coche del atolladero, pero hubo necesidad de abandonarlo. En seguida se hicieron desfilar los demás y salvar uno á uno aquel mal paso, teniendo para esto que apearse las señoras y que caminar á pié un gran trecho.

Este incidente retardó la marcha por más de una hora, durante la cual, y disipada la primera impresión del peligro, hubo motivo para que toda aquella comitiva se entregara á la expansión de los comentarios.

Ya los viajeros seguían tranquilamente la marcha, cuando un incidente de la misma especie volvió á interrumpirla.

—No hay cuidado, gritó uno, es otro mal paso.

—¡Pié á tierra!

—¡Abajo!

—¡Otra vez!

—¡Hoy no llegamos!

Y la misma algarabía de la escena anterior se repitió, no obstante que aquello comenzaba á contrariar á los menos resignados.

Carlos estaba visiblemente contrariado, y

en más de un grupo se suscitó la cuestión de acriminar al gobierno por el mal estado de los caminos.

—¡Es imposible! ¡si esto no es país! Vea usted qué camino, y en pleno siglo XIX, decía uno.

—¡Y en tiempo del vapor!

—¡Esto no se vé en ninguna parte del mundo!

—Nada, decía otro, mientras no haya caminos, no habrá paz, ni nada en México.

Carlos y Salvador presenciaban, los primeros, el paso de los carruajes y dirigían las operaciones.

—Lo que siento es, decía Carlos, que la tarde va á ser mala; el agua es segura y es preciso darnos prisa.

—¿Lloverá?

—Sin remedio, y á este paso nos van á sorprender el agua y la noche.

—¡Vivo! ¡vivo! gritó Salvador á los criados.

—¡La rueda delantera!

—Ahora la otra.

Y lentamente, y sólo merced al número de hombres que ayudaban, podían salir los coches de cada uno de los atolladeros.

—¡Vicente! gritó Carlos.

Y uno de los cocheros se dirigió á Carlos.

—¿Qué, no hay otro camino mejor que éste?

—No, señor, contestó el cochero, el otro está peor.

—¿Crees que lloverá?

—Yo creo que sí, señor amo.

—¿Y no podremos llegar á tiempo?

—Ahí está no más el agua, vea usted, señor.

Efectivamente, hacia el Oriente el horizonte se ennegrecía por momentos á medida que el sol declinaba.

A poco empezó á soplar un vientecito frío del N. E. que era el que iba á decidir la cuestión.

Al sentir aquella ráfaga húmeda, Carlos comprendió toda la gravedad de la situación en que sin remedio iban á verse colocados.

Carlos estaba pendiente, no sólo del paso

de los carruajes, sinó que repetidas veces tendía sus miradas hacia el camino.

—Me impacienta el retardo de los exploradores, dijo Carlos á Salvador.

—¿Ya debían estar de vuelta?

—Hace una hora, según las instrucciones que tienen.

—¿Realmente temes que á pesar de nuestro número seamos atacados?

—Lo estoy temiendo, porque he sabido que no hace muchos días pasó por aquí una partida como de sesenta hombres.

—Pues ya eso es grave.

—Ya se vé que lo es, y luego, que como vamos con señoras, esto va á entorpecer todas nuestras operaciones.

Todavía se presentó un tercer mal paso en el camino, que volvió á detener la marcha de la comitiva, obligando de nuevo á los paseantes á apearse de los carruajes.

No habían pasado los tres últimos coches cuando ya las nubes se habían amontonado sobre la cabeza de los viajeros.

Informes pelotones avanzaban hacia el

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTREY, MEXICO

zenit dibujando con perfiles luminosos sus gigantescos contornos, mientras que en el horizonte se corría un velo ceniciento y uniforme que ocultaba los altos perfiles de las montañas.

De repente se escuchó una detonación prolongada y lejana, pero bastante perceptible para que de la comitiva en masa se levantara un murmullo como el de un enjambre que se alborota.

—¡El agua! gritaron por todas partes.

—¡Viene el agua!

—¡Al agua, patos!

Otra descarga eléctrica hizo rimbombar sus ecos en las montañas; el sol se ocultó tras de negras nubes y la sombra empezó á invadir el espacio.

Se sentía en los carruajes ese sofocante calor que precede á las borrascas. Aquella capa de aire caliente no tardaría en elevarse para ser súbitamente sustituida por una ráfaga tempestuosa.

La electricidad estaba jugando sobre sus inmensas plataformas de nubes ó de capas

de aire enrarecidas; se sucedían en lo alto las corrientes y se desgajaban y se unían aquí y allá enormes masas parduzcas y pesadas que amenazaban desprenderse sobre la tierra.

Comenzó á oírse un chasquido particular, parecido al que produce el maíz al pasar por un harnero inclinado de hoja de lata para depurarse del tamo.

—Ya está lloviendo, dijeron algunos.

Pero ni una gota caía y no obstante, aquel ruido se prolongaba y crecía.

—¿Qué es eso? dijeron algunas señoras, ¡qué ruido tan extraño!

—¡Dios mío! que está sucediendo?

—«*Glorifica mi alma al Señor*» murmuraban por todas partes.

—¡Esto es horrible!

—¿Qué ruido es ese?

—¡Padre! gritó una señora, conjure usted por Dios esa nube, vea usted qué horrible!

—¿Quién trae vela de Nuestro Amo? dijo una señora.

—Yo.

—Y yo.

—¡Enciéndalas pronto!

—Padre, rece usted por nosotros.

—¡Jesús, que ruido!

—Y lo más extraño es, que no cae una gota de agua.

—Y parece que no está lloviendo todavía por ninguna parte.

El padre González estaba entregado completamente á la oración, colocado dentro de un coche que tenía los vidrios levantados, y dos señoras lo acompañaban, vela en mano.

El pánico se había apoderado de las señoras, y en estos momentos ninguno de los coches caminaba porque el primero había sufrido otra avería.

Era aquél un paso del camino en el que para descender, ladeando una pendiente, había que caracolear entre una falda y un precipicio. Los hombres seguían caminando á pié con algunas de las señoras que tenían más temor de ocupar los coches.

Castaños, Santibañez y otros dos, se ha-

bían adherido á un grupo que rezaba, á la sazón que se unían con Salvador.

—¿Qué es esto, qué está sucediendo, señor Don Salvador? preguntó Anita.

—Es un fenómeno muy bonito.

—¡Ay, qué horror! ¿conque á usted le divierte?

—Estoy encantado.

—¡Jesús, María y José! usted no tiene remedio.

—¿Y qué fenómeno es ese? preguntó Castaños abreviando su *Magnificat*.

—Es el granizo que contienen esas nubes que están sobre nosotros.

—¿Pero por qué suenan?

—Porque los granizos impulsados por el viento, se chocan entre sí antes de caer.

—¿Quiere decir que van á caer sobre nosotros? preguntó una señora.

—Á menos que una fuerte corriente de aire desvíe la nube prontamente.

—O que la infinita misericordia de Dios la aleje, por un especial favor hacia nosotros.

—También, contestó Salvador y se alejó.

—¿Usted cree eso? dijo una señora á otra.

—¡Qué voy á creer! figúrese usted si Dios en sus altos juicios....

Entonces fué á Castaños á quien le tocó hacer el papel de hombre instruído.

—Pues créalo usted, dijo fingiendo aplomo y avergonzándose interiormente de haber tenido miedo; la electricidad es una cosa conocida: todo el mundo sabe lo que es la electricidad, y los que hemos estudiado física....

—Pues yo no he estudiado eso, y tengo mucho miedo.

Una nueva detonación fué como el postre aviso del chubasco, porque aquella nube parda que parecía besar ya la montaña, vomitó torrentes de granizo.

Todos se refugiaron en los coches y cerraron los vidrios.

El ruido era espantoso: verdaderas cataratas se desprendían de lo alto, formando una sucesión de blancas columnas que se

estrellaban en las rocas. En pocos momentos el suelo estuvo blanco, y los granizos al azotar contra los cristales de los coches, parecían romperlos á cada momento, porque no era una corriente continuada, sino grandes descargas á cortos intervalos.

El granizo fué haciéndose mas pequeño hasta convertirse en lluvia, á tiempo que algunos truenos rimbombaron prolongados y magestuosos por toda la bóveda, que á poco se entoldó completamente, haciendo mas densa la oscuridad.

El aguacero se desencadenó resueltamente.

Los ginetes que rodeaban los carruajes se habían dispersado, buscando algún abrigo; unos junto á los coches, y otros alejándose, buscando el tronco de un árbol ó un respaldo de rocas.

El aguacero, con intervalos de más ó menos intensidad, duró cerca de cuarenta minutos.

En el Poniente, las nubes se agruparon de manera que no dejaban penetrar un solo

rayo del sol: el camino estaba inundado y se determinaban sucesivamente, después del chubasco, grandes caídas de agua, á medida que se deshacía el granizo en las alturas; no obstante, Carlos dió orden de seguir la marcha.

Pero esta marcha iba á ser precisamente por el lugar mas accidentado del terreno, de manera que los coches fueron descendiendo lentamente al fondo de una parte baja de la barranca para salvar todavía, á favor de la escasa luz de la tarde, los malos pasos.

La marcha se hacía cada vez mas difícil y peligrosa; el camino estaba intransitable para andarlo á pié.

Caracoleando y salvando con frecuencia algunos atolladeros, la comitiva llegó á descender hasta el fondo de la barranca para emprender de nuevo la subida y ganar los llanos para rendir la jornada.

Pero en el fondo de aquel bajío, la oscuridad se hacía mas densa y un nuevo aguacero vino á complicar la situación.

Se oyó de repente el andar de dos caballos que bajaban precipitadamente de la pendiente opuesta.

Carlos saltó del carruaje y fué al encuentro de los ginetes.

Salvador lo siguió.

Eran los dos mozos que habían ido de exploradores y que regresaban haciendo señas con el sombrero.

